

Lectura Selecta

REVISTA QUINCENAL DE NOVELAS CORTAS

JOSE S. GALLAY

DIRECTOR



CATEDRAL 1432

CASILLA 807

Año I

Santiago de Chile, 1.º de Julio de 1926.

N.º 13

BBB 1069
En el próximo número

EL MARQUES DEL EMPARRADO

por ANGEL C. ESPEJO (Maltrana)

Es la historia triste de un joven chileno
que va a París lleno de ilusiones, preten-
diendo conquistar una gran notoriedad
en la ciudad Luz, sólo mediante su gran
fortuna que cree inagotable... :::::

Lectura Selecta

Ha publicado:

- N.º 1.—*La confesión de Tognina*
Por Mariano Latorre
- » 2.—*Aquella mujer extraña y pálida...*
Por N. Yáñez Silva
- » 3.—*La estirpe*
Por Edgardo Garrido Merino
- » 4.—*De pluma y pelo*
Por Rafael Maluenda
- » 5.—*Vida nueva*
Por Ernesto Monge Wilhems
- » 6.—*El matador de Tiburones*
Por Salvador Reyes (agotado)
- » 7.—*Medianoche*
Por Angel Cruchaga Santa María
- » 8.—*Vidas ardientes*
Por Ricardo A. Latcham
- » 9.—*El hombre de los ojos azules*
Por Manuel Rojas
- » 10.—*La Marsellesa humilde y heroica.*
Por Germán Luco Cruchaga
- » 11.—*Cabecita loca*
Por Rafael Frontaura
- » 12.—*Reyes, Princesas y payasos*
Por Servando Lacalle

Pídalos en todos los kioscos y librerías a \$ 0.40



MARIA MONVEL

Los más eminentes escritores y críticos de España y América la han consagrado como uno de los más altos valores literarios de este continente. Se ha dicho que: *cinco nombres de mujer marcan el pleno florecimiento de la poesía lírica en América, como cinco broches que han de cerrar todo un período de singular interés: Gabriela Mistral, Delmira Agustini, Alfonsina Strni, Juana de Ibarbourou y María Monvel.*

Nada puede dar una idea del carácter de la poesía de Monvel, como el juicio que sobre ella hizo Gabriela Mistral y del que reproducimos algunas líneas: «Parece en ocasiones una mujer madura y a veces se la mira jugar como un niño con los asuntos frívolos. En verdad, tiene la madurez, porque la vida le fué anticipada en dolor; pero no tiene mi envenenamiento por la amargura. Ha vigilado su corazón, ha sacado sus ojos a tiempo del subterráneo, como grasos murciélagos de la tristeza, para llevarlos a la pradera verde, al aire feliz. A tiempo también llegó a salvarla el compañero, y ahora camina por una playa dorada, con la cara dichosa contra el viento. Llena de elegancia interior, la elegancia que viene de la flexibilidad del espíritu. Exenta de hieratismo. Lejos del Escriba y de la Isis egipcia, para bien de su estrofa viva.»

Muy jóven aún, no ha tenido tiempo de orientar definitivamente sus aficiones; la poesía no ha llenado por completo su ansia de producir, y es así como aspira a dedicarse a otros géneros literarios. Contestando a nuestra

pregunta sobre sus preferencias, nos dice:—*Dentro de la literatura, me gusta el Ensayo. La novela también, pero en cierta forma: como la de Prust, la de Girard, la de Morand, en sus primeros tiempos. Este género de novela que escribo para LECTURA SELECTA, me parece sencillo y ameno, pero no constituye tema de mi predilección. Tampoco los versos, al menos por ahora. Mi próximo libro será un intento de ponerme en el camino que me place: El Ensayo.*

Le preguntamos cuales son los escritores que más le agradan, y con fina discreción, sin dar nombres, nos dice:—*Mis gustos varían constantemente. Lo que ayer me gustaba mucho, hoy me gusta menos. Comencé a leer a los españoles, continué con los franceses. Hoy he vuelto a lo español, donde descubrí de repente valores insospechados.*

—¿Y el arte nuevo?...

—*El arte nuevo, me paralogiza, o mejor dicho, me gusta con pasión hasta cierto punto. En sus cosas externas no lo alcanzo. Por ejemplo: a Joyce no lo entiendo, por más que he intentado sinceramente penetrar su sensibilidad.*

Seguimos charlando. No quisimos abandonar el terreno de las confidencias literarias, sin antes sacarle una respuesta categórica sobre algo que los literatos raras veces contestan con sinceridad:

—¿Le cuesta mucho escribir?

—*Algunas cosas. El cuento realista como el que les he entregado, lo escribo con suma facilidad. Cuando he procurado escapar un poco a la realidad, ya es otra cosa. Es un género que requiere genio. Yo tengo la pretensión de tener apenas talento....La realidad me coje epesar mío y me resigno....Este fracaso no me descorazona totalmente, porque si las circunstancias lo permiten, quiero, como digo, dedicarme a otro género de literatura del que me he ocupado hasta hoy.*

Mucho puede esperarse del vigoroso talento, penetrante observación analítica y amplio criterio de María Monvel.

J. S. G.



MARIA MONVEL

El marido gringo

Era una mujer buena y fea como son generalmente las mujeres que los gringos emigrantes eligen para esposas. Comenzó por remendarle los ternos al gringo y lavarle las camisas de almidón y los cuellos duros. Continuó por darle dos hijos, una hembra y un varón y acabó por convertirse en su legítima esposa.

Todos estos modestos acontecimientos tenían lugar en una ciudad del Norte donde el gringo era empleado inferior en una casa mayorista.

El gringo era todavía joven aunque no imberbe: 35 o 40 años quizás. Flemático como buen inglés, se contaban de él en la oficina algunas anécdotas entre tontas y divertidas: una vez, a poco de haber llegado de sus islas lejanas, sobrevino un fuerte temblor de los muy corrientes en aquellas regiones. El trabajaba en una gran habitación con otros empleados. Como el temblor fué singularmente violento, estos salieron a la calle con disimulada prontitud entre sonrientes y pálidos, y murmurando o diciendo fuerte: ¡tiembla, tiembla!...

El gringo se quedó mirán道les impasible con una lejana curiosidad. Cuando volvieron los compañeros los miró uno a uno y les preguntó con su cara rubia de bobo:

—¿Dónde estar mister que tiembla, auh?

Era imposible saber si el gringo se sentía triste llegado de sus islas verdes y brumosas a esas tierras feas, áridas y pobres, donde le había traído su destino. Ni alegría ni tristeza demostraba en sus faenas diurnas. Por la tarde hojeaba revistas de su país en un rincón del club donde se había hecho socio, y de noche se daba su vuelta solitario por la ancha avenida junto al mar.

No tenía muchos amigos, bebía poco, contrariamente a lo que ocurría entre sus compaisanos y se dedicaba a los deportes escasamente: unos cuantos tiros al blanco los domingos, un paseo a caballo a las perdidas, y más a las perdidas aún dos vueltas de fox-trot en la filarmónica.

Cuando apareció casado con su aplanchadora, mujer más o menos de su edad, y presentó al público legitimados por el matrimonio dos rapaces entre rubios y negros, nadie se sorprendió. El pobre gringo sin hacer nada raro había sentado plaza de original. Y aunque la mujer era gorda y no propiamente hermosa, el comentario se limitó a encogerse de hombros con la frase perdonadora y desdenosa: «¡gringo al fin!».

El hecho es que el matrimonio no desmintió el aforismo norteno de «los gringos son los mejores maridos». El gringo cumplía en forma intachable su cometido de esposo inglés dando a su esposa trato comedido, sus entradas en totalidad, llevándola los domingos al teatro y haciendo caballo de sus rodillas para solaz de sus mocosos.

La mujer ascendió de su categoría de mujer del pueblo a señora de la clase media. Una noche la llevó a uno de los bailes mensuales de la filarmónica y como nadie se la sacó a bailar, él se mantuvo a su lado a pié firme toda la noche, con apacible abnegación. No parecía darse cuenta de que su mujer era fea, ni demostraba rubor por ello, en ningún momento. Lo mismo la exhibía en un palco del Municipal, a plena luz, que la paseaba del brazo por la calle dándole escrupulosamente su derecha. La mujer

se puso orgullosa y comenzó a eliminar amigas. No frecuentó ya por las tardes a la mujer del despachero próximo, y dejó esa fea intimidad que antes tenía con la cocinera de un abogado rico, que vivía al frente. En cambio se procuró la amistad con la esposa de un compañero de oficina de su marido, gringo también, y matriculó a su chica mayor, que ya tenía cinco años, en el Kindergarten del Liceo. En resumidas cuentas, no cabía en sí de satisfacción y solía hacer gratos comentarios acerca de tan plácida existencia con su compañera de venturas, la esposa del otro gringo, en estos o parecidos términos:

—Lo que deseo para mi hija es un marido inglés. Y espero en Dios que le será fácil obtenerlo, como que ella es inglesa por su padre...

La amiga, aunque no tenía hija sino hijo, y éste de dos años de edad, soñaba asimismo casarlo con inglesa, porque «con chilena por nada, por nada de este mundo.»

La otra transigía:

—Las chilenas son buenas mujeres de su casa, trabajadoras, abnegadas... ¡pero los chilenos!... ¡Dios santo! En mil hay uno bueno... ¡y eso!

Un día recibió un telegrama en el cual le comunicaba una amiga que vendría unos días a alojarse en su casa, por ciertos negocios que tenía en esa ciudad.

La mujer comunicó la noticia al marido:

—¿Qué te parece? ¿La recibimos?

—¡Oh, sí!—dijo el gringo imperturbable—¿por qué nó?

—¿Por qué nó? Es cierto.

La esposa recorrió la casa de extremo a extremo.

—Le daré el salón, no hay más remedio. La pieza de adentro es muy mala... Siempre que no se pegue aquí demasiado...

La amiga llegó. Era mujer no joven, más o menos como la mujer del gringo. Gorda y morena, locuaz y ágil, apesar de sus ochenta kilos. No tenía en suma nada de particular.

El gringo, acompañó a su esposa al muelle. Estrechó con fuerza la mano a la recién venida y cogió, acto continuo, sus maletas, dos, una en cada mano.

Subieron a un coche. En el camino el gringo rió dos o tres veces, enseñando sus grandes dientes, y luego se quedó impasible. Las amigas cuchicheaban sobre toda suerte de cosas:

—¿Y tu madre?

—¿Y qué tal te ha salido el marido? Parece bueno ¿no? como todos los gringos...

—Una joya... ¿Te mareaste mucho?

—Nó, absolutamente.

—¿Y nada de novio todavía?

—¡Pst! Ya se me fué el tren. Voy para los 34 ¡fíjate! (Tenía sobre cuarenta). ¿De modo que tú crees que mi presencia no incomodará a tu marido?

—¡Nó, mujer, al contrario!

Efectivamente, fué al contrario. Buen inglés, hizo los honores de su hogar con perfecta hospitalidad. Glacial como siempre, sin términos medios, soltaba una risotada, o adquiría su máscara de estatua de sal.

Un día invitaron a tomar una taza de té después de comer a un grupo de amigos, para relacionar a su huested. Estaba la mujer del otro gringo, y la esposa del dueño de un gran almacén de comestibles, nueva amistad en la escala ascendente de sociabilidad de la dueña de casa.

La recién llegada comentaba la felicidad de un matrimonio unido:

—Como Uds...—decía.

El gringo fumaba su pipa cruzado de piernas.

La comerciante observó:

—Y sobre todo nada de celos. Donde entraron los celos, salió a escape la felicidad. Un marido celoso debe resultar insoportable...

El gringo tragó una bocanada de humo en señal de

asentimiento, luego rió con estrépito, y dijo como quién podría haber contado un chiste.

—¡Oh! peor es una mujer celosa.

—¡También, También!— corroboró la esposa del otro gringo. En cuanto a este no osó despegar los labios sobre tan trascendental materia.

—Lo que es yo—opinó la dueña de casa—no soy celosa ¿Verdad John? ¿Te he celado yo alguna vez?

El gringo abrió el grueso estuche de su bien dentada boca y dijo rompiendo a reir:

—Ud. no tiene motivos, por eso. Si Ud. tenerlos, Ud. sería también celosa.

Transcurrieron diez días. La amiga prolongaba sus negocios más de lo esperado y el salón continuaba convertido en dormitorio.

La mujer comenzó a escamarse. Una noche, sola con su marido en la alcoba le dijo muy despacito, porque todo se oía en aquellas casas de madera:

—¡Y esa! ¿Cuándo se irá? ¡Caramba la pechuga! ¿Qué sería si la hubieramos convidado? cuando así... ¿Qué dices tú?

—¿Yo? nada. Es amiga de Ud.

—¿Sabes que me irrita esa cachaza?

El gringo con la pipa en un angulo de la boca sorbía humo imperturbable.

—¡Nou! Yo no puedo hacer nada en contra de la amiga de Ud. Eso ser exclusivamente cosa de Ud.

—¿Quiéres que le insinúe que se vaya?

—Ud. saber muy bien en estos asuntos.

La mujer se metió en la cama furiosa.

En el fondo continuaba encantada de su marido; pero en esos momentos no podía reprimir una violenta irritación en contra de aquel gringo impasible, y refunfuñaba entre diente: ¡maldito gringo! ¡quién me mandó a mi casarme con él!

La amiga incommovible. Una mañana determinó abordar el asunto y le preguntó entre rodeos:

—¿Y tu negocio?

—Va largo. Pero estoy tranquila porque tu marido no se incomoda. Ayer le pregunté: «Mister John, Ud. estará fastidiado conmigo ¿no es cierto?» Se rió como siempre y me dijo:—Ud. ser amiga de mi esposa. No molestar a mí nunca las amigas de mi esposa. Puede quedar Ud. aquí para siempre.

—¿Te dijo eso?

—Sí... ¿no te agrada?

—Ya lo crec que sí, mujer, me gusta mucho.

Se separaron. Aquella noche por primera vez la mujer perdió el control. Mientras el gringo llenaba una nueva pipa con mucha parsimonia, su mujer le gritó más que le dijo con una mirada furibunda:

—¡Qué bestia eres, amigo, pero qué bestia!

El gringo se quedó tan tranquilo como si no hubiese entendido el insulto.

Como el tiempo pasara y la amiga no llevaba las de marcharse, la esposa resolvió ponerle mala cara.

Aquella noche era Domingo y el gringo como de costumbre las convidó al teatro.

—Vayan Uds.—dijo la mujer—yo no tengo ganas.

—Vamos, mujer,—dijo la amiga—¿qué te cuesta?

—Mucho. No tengo ganas. Voy a acostarme.

—¡Qué lástima! La pieza de hoy es preciosa...

El gringo arguyó:

—Si Ud. quiere podemos ir los dos. Mi dispuesto.

—¿No te opones?—consultó la amiga.

—¿Yo? ¡de ninguna manera!—fué la ágría respuesta.

Fueron. La mujer en señal de enojo enmudeció. Procuraba no ver a su amiga y evitaba dirigir la palabra a su marido. La amiga correspondió a estas manifestacio-

nes con un aire hostil y reservado, pero no habló de marcharse.

Por lo que respecta a la actitud del gringo, no varió en un ápice.

Las idas al teatro se repitieron, sin que insistiese en llevar a su mujer, ni ésta accediera a acompañarlos jamás.

La situación de las dos mujeres se puso tirante. La esposa consultó con la mujer del otro gringo:

—¿Pero has visto? ¿qué me aconsejas?

—¿Yo? Yo la pondría de patitas en la calle ¡desvergonzada!

—¡Es un tupé! Le demuestro mi disgusto en toda forma y ella tan fresca como si oyera llover. ¡Dios mio! La verdad es que no sé que partido tomar.

—¡Echarla, hija, echarla! Mira, no quiero dármelas de mal pensada. Pero aunque es vieja y fea...tu marido...

—El pobre es así. Un bruto. No creo que tenga intención...

—¡Fíate! Es verdad que es gringo, pero yo en tu lugar...¡Echala!, ¡qué diablos! Si no entiende con indirectas...

—Es verdad ¡Dios mio!

La pobre se resolvió a afrontar la situación. Encaró a su amiga ese mismo día después de tomar el té.

—Oye....

—¿Qué quieres?

—¿Cuándo te vas?

—¿Me echas?

—No mujer, pero sé razonable. Hoy me han dicho que tú y mi marido...

—¿Que yo?

—Si no lo creo, ¡vaya! Pero la gente...Hablan de ti; se rien de mí. Mejor es que te vayas...Yo...

—Tú...me echas. Todo lo demás son pretextos. Se lo diré a John y me iré mañana... ¿Estás contenta?

—Sí, aunque lo tomes como lo tomes.

En efecto se fué. La mujer respiró. Aquella noche cuando se sentaron a comer el gringo no demostró ni siquiera echar de menos a la amiga.

Comió como de costumbre, contestando a las conversaciones de su mujer con su inquebrantable flema.

—Ya se fué. Estarás muy triste...

—A mí no importarme un higo. Es amiga de Ud.

—¿Qué iba a hacer? La eché. Por ahí me dijeron que tú y ella se entendían. Puede ser mentira, pero no quiero comentarios. Ya no tenía paz.

El gringo se rió entre dos bocados de carne:

—¿No le dije yo que Ud. también sería celosa? Todas las mujeres son celosas.

—¡Tonto! ¿Te parecen celos echar de mi casa a una intrusa?

—Es amiga de Ud. A mí no importarme, a mi...

Contra su costumbre, al día siguiente el gringo no vino a comer, mandó un cortes aviso a su casa, y llegó cerca de la una.

—¿Dónde has estado?

La mujer lo esperaba en pie.

—Allí, en frente.

—¿Con quién?

—Con Mistress Moreno (El apellido de la amiga).

—¿Con ella? ¿Pero no se ha ido?

El gringo soltó el trapo a reír.

—¿Nadando? No tiene vapor. Además no ha terminado sus negocios.

—¡Y vive allí! ¿Cómo?

—Arrendó casa, naturalmente.

La mujer enrojeció de ira.

—¡Qué canalla eres! La eché de casa por tí, y ahora te vés a comer con ella.

—Yo no tener la culpa que Uds. pelear. Yo ser su amigo siempre. A mí no importarme.

—¡Tampoco importarme a mí que tú seas tan brutal, —rugió la mujer harta ya e imitando, sin darse cuenta, el castellano de su marido. ¿Oyes? A mí no importarme un higo, como tú dices. O aquí o allá. O ella o yo. ¿Por cual te decides?

El gringo había afirmado su pipa sobre la mesa de noche y se descalzaba con profunda calma. Se sacó luego el vestón y lo colocó sobre una silla con cuidado. Parecía dispuesto a no decir «esta boca es mía».

—¿Contestarás imbécil?—le gritó la mujer con tal ira que su barbilla temblaba convulsivamente.

—Yo preferir las dos cosas. Te quiero a Ud. y quiero a la amiga de Ud. Yo no celarla a Ud. nunca ¿porqué Ud. celarme? Mistress Moreno siempre muy amable conmigo. Ayer convidó a mí a comer. Yo ir... Ud. prometerme siempre nunca celarme. Yo no entiendo esto nada.

—¡Bestia! ¿No entiendes que esa mujer se venga de mí porque la eché de mi casa? Yo no sé si tú entiendes o nó, pero esa mujer quiere conquistarte por venganza y porque le des dinero, que no ha de ser por tu linda cara. Es sinvergüenza y mala y no quiero ¿oyes? no quiero que tú, mi marido, seas amigo de ella, porque eso es una burla para mí, no por celos, sino por dignidad.

El gringo impertérrito colgaba sus pantalones junto a su vestón, parado en calzoncillos en medio de la pieza. Sus piernas largas y flacas cubiertas de espeso vello rubio eran realmente risibles.

Terminado el discurso de su mujer volvió la cara de soslayo y dijo:

—Nunca ingleses pelear con amigos; no entiendo cómo chilenos pelear con amigos...

—Entiendas o nó, me da lo mismo, pero óyelo bien: si vuelves a casa de esa mujer me perderás para siempre.

—¡Cuánto sentirlo yo!—fué la suspirante respuesta.—No valer la pena dificultades tan grandes.—Se metió

en la cama, se tapó hasta el cuello y se volvió para la pared. Por entre el rebozo se escurrió su saludo ordinario:

—Good night, darling.

—¡Estúpido!

La pobre mujer se echó a llorar con un desconsuelo horrible.

Al siguiente día el gringo se marchó a la oficina como de costumbre. Vino a almorzar, pero faltó a comer. La infeliz esposa exitadísima cayó a la cama con fuerte jaqueca. A pesar de que sentía en las sienes dos plomos candentes, se mantuvo despierta. El gringo llegó caminando muy despacito. Serían aproximadamente las dos de la madrugada.

La mujer se sentó en la cama.

—¿John?

—¿Aoh?

—Comiste con ella?

—Yes

—Luego ¿me dejas?

La mujer hablaba con calma. En sus ojos la fiebre encendía sus lamparitas rojas.

—Yo no dejo a Ud. Yo como con amiga solamente.

—¡John! No puedo consentirlo... Tenemos dos hijos... ¿La prefieres a ella a pesar de todo?

—Prefiero a las dos. ¿Quiere Ud. hablar de otras cosas más bonitas? ¡Siempre lo mismo!

—John, siéntate. ¿Es tu última palabra?

—Mi palabra de honor.

—Bien. Tú ganas ochocientos pesos ¿no es cierto? Dame la mitad todos los meses para los niños, y tú te vas con ella ¿qué te parece?

—Yo preferir...

—Vivir con las dos, pero yo no... ¿Aceptas?

—¡Oh, sí!

—Pero me harás un favor. Te la llevarás lejos. Por mí,

por los niños. No podemos vivir tan cerca. Yo no me cambio porque esta casa me conviene... ¿quieres?

—¡Oh yes! naturely.

—¿Te vas mañana?

—¿Mañana? Sí ¿por qué no? Mañana. Good night, dearest...

Se volvió para la pared. La mujer rompió en sollozos convulsivos. Poco después el gringo dormía roncando fuerte, como un bien aventurado.

Aquel día no vino a almorzar, y en la tarde mandó sacar sus cosas de vestir con un mozo de la oficina.

La mujer no pudo levantarse. La esposa del otro gringo vino a hacerla compañía.

—¡Vaya mujer, paciencia! Ya se aburrirá con esa zorra y volverá. Al fin y al cabo tu tienes dos hijos.

—Ni siquiera se ha despedido de ellos, ¡y fiáte de gringos, tú! Ningún chileno hubiera podido hacer tamaña canallada.

—¡Si mujer, sí! Pero los chilenos son más hipócritas, ¡Ella es la que me pasma! La cárcel, vitriolo, piedras en los lomos como a perro rabioso, todo lo merecía por pícara, por malvada; Dios te castigará por malvada, perra. Dios te castigará! Vamos, amiga, calma. A ver, tómate esta pocioncita. Es valeriana, nada más, ¿Huele mal?... Pse...; ¡no importa!

La mujer deshecha en llanto, obedeció.

—¡Pobres hijos míos! ¡Que padre le diste, Santo Dios que padre!

El gringo cumplió lo prometido estrictamente. El primero del mes le remitió cuatrocientos pesos, y cambió de casa a «Mistress Moreno». La mujer del otro gringo, por hacer algo, habló con su marido para que diese algún consejo a su compatriota. Pero el no quiso meterse en honduras. Entonces fué ella misma a la oficina y le echó un discurso que el gringo escuchó como sin comprender con los ojos abiertos y asombrados.

—Yo cumplido en todo. Yo nunca celar a ella. Mita *d* de mi sueldo es para ella. Ella me echó. Yo no querer pelear con ninguna. Nunca yo pelear con amigas de mi esposa.

La componedora se irritó:

—Su mujer está muy enferma, puede hasta morir. ¿Tampoco le importa a Ud. eso?

—Ella puede ver médico. Yo doy la mitad de mi sueldo.

—¡Qué gracioso! Nunca creí que los gringos fueran más anallas que los chilenos.

—No insulte Ud. a mí. Yo siempre prudente y no admitiendo a otros en mis asuntos.

—Está bien. Pero cumplo en el deber de avisar a Ud. que está matando a su mujer.

El gringo se rió con el acostumbrado estrépito.

—Ella matarse sola. Yo nunca matar una mosca.

—¡Adios!

La mujer salió dando un portazo.

La esposa enfermó de extrema gravedad.

La amiga la atendía solícitamente y procuraba animarla anunciándole para breve plazo el arrepentimiento del gringo.

Pero a pesar de todo, se consumió con rapidez. Comía poco, casi no comía, y la debilidad le trastornó los nervios. Toda su energía la gastaba en hablar, en hablar día y noche procurando convencer a su oyente, quién quiera que fuese, lo mismo a su amiga que al menor de sus hijos que la escuchaba sin comprender: que ella no era celosa, no, sino digna, eso es, digna. Se moría de vergüenza, exacto, ella nunca podría levantar la cabeza de vergüenza. ¡Su amiga! ¡la que había hospedado en su casa!... ¡jella!

A los tres meses, aunque el gringo le mandaba con gran puntualidad su dinero, se murió hablando. Habló hasta expirar, rodeada de la amiga buena y de sus po-

bres chiquillos que la miraban atónitos con confusas ideas acerca de la locura y de la muerte.

El marido de la amiga a pesar de su flemma inglesa tuvo, al saber el desenlace, un gesto de impaciencia.

—¡Oh, nou! Está mal. John está mal. Shoking. Gringos no ser así.

Se encargó así mismo de comunicar a su amigo la noticia, para lo cual fué a buscarlo a la oficina.

—Hoy no salga Ud. Su esposa es muerta anoche.

—¡Oh, imposible!

—Es muerta anoche, digo. Mal hecho, John, mal hecho por Ud.

—¿Ah? Es mal hecho por ella. Yo cumplir. Yo darle cuatrocientos pesos. Ella prometió a mí no ser celosa. Es bien triste caso verdaderamente.

Suspiró. Acaso porque creyó de su deber suspirar, y a modo de aforismo soltó la frase siguiente:

—Todas iguales, todas celosas, todas, todas, todas.

—Sus hijos están con mi esposa.

—Gracias. Yo los traeré para esta casa pronto, ¡pobrecitos! ¡Little John! Poor Gladys.

Acudió al entierro muy grave, rigurosamente vestido de negro. Incluso el pañuelo que asomaba recién aplanchado por el bolsillo de su vestón, era absolutamente negro.

Dos meses después, se casaba con «Mistress Moreno».



El recuerdo fascinador

Ambar y amor en el ambiente. La salita en penumbras está llena de un humo azulado, impalpable, que fluye de la olorosa combustión de una pastilla negra.

Tres siluetas difusas, sumergidas en la luz violácea de la estufa, beben té sin decir palabra. El vaho que se escapa de las tazas, semejante al humo de grandes cigarillos, vela de una niebla sutil sus tres rostros diferentes, uno de hombre y dos de mujer.

La charla se reanuda íntima, casi confidencial. Habla una de ellas:

—No diría Ud. eso, Guido, si su auditorio fuera otro, su mujer por ejemplo...

La que así pone en fuga el pensar solitario de cada uno de sus oyentes, es la señora de la casa, una morena joven, poseedora de la belleza inócua de las que ni siquiera logran ser feas, y del nombre sonoro de Isabel.

Se levanta para libertar de las tazas a sus invitados, y entonces descubre la gracia nueva de una habilidad silenciosa, de felices y leves movimientos, que turban mucho menos la paz en torno suyo, que su voz aguda, siempre al servicio de curiosidades impertinentes.

Otra voz, esta baja y blanda, de opacidad simpática, dice sin interés:

—Es verdad, Guido, Ud. no lo diría.

Es una rubia medianamente bonita y con aire bobo. En

aquel instante, Guido la prefiere, y no aparta sus ojos de las sugerencias de su mirada, que parece tendida hacia mundos lejanos.

Sin embargo, le sonríe sin responder, y parece empeñado en no decir palabra, hasta saborear la última bocanada de un cigarrillo turco cargado de opio, único cigarrillo que se permite fumar en presencia de señoras.

Guido es un cuarentón, sin más atractivos físicos que una pulcritud llena de esmero, casi artificiosa, unida a un aire de falsa sencillez.

Sin embargo, es una especie de don Juan y no de los más despreciables, cuyas aventuras cuentan principalmente entre las mujeres intelectuales, o snob, o pseudointelectuales, acaso por el sabor de misterio o reserva meticulosa de sus procedimientos. No entraña, además, peligros, ni para sí, ni para sus preferidas, y aún gusta con especialidad de turbar con la insinuación de su amor, la límpida corriente de las pupilas más serenas y de inquietar con ello a los maridos más recelosos.

En el terreno del amor, los hombres suelen burlarse de él, pero las mujeres palidecen inquietas bajo su mirada. Más de un marido ha pretendido vengar la impertinencia de esa su corte misteriosa que huele a sándalo y a indifinibles refinamientos, pero ha de detener el gesto airado, frente a la apacibilidad de una mirada que no atisba, de una sonrisa eternamente impersonal y arcana, y de un desdén aristocrático por los luctuosos dramas de la existencia conyugal.

Su propia esposa, mucho más joven que él, le ama con pasión, y con un temor persistente e intuitivo que no sabe en que cimentarse. El suele referir, en su presencia, anécdotas que le atañen, sin fijar tiempo, ni lugar, mientras ella atisba sus labios y frunce el entrecejo en laboriosa concentración para descubrir a la heroína. En su dietario que no escribe, pero que conserva con rigurosa exactitud para ofrecerlo a sus oyentes cada vez que la

hora, el calor, el perfume y sonido están de acuerdo, sus aventuras se encuentran siempre en pugna con la moral en curso, pero también en contradicción profunda con el cinismo torpe y «degoutant», y como en las escenas de gran efecto, cae el telón en la parte culminante.

Tiene una voz de timbre cálido, habla en actitud de soñar o de rezar una plegaria, y la palpitante atención con que los oídos femeninos le escuchan, es el mejor lazo tendido en torno del pensamiento de la incauta que se deja coger hipnotizada con su nudo invisible.

Ahora es Lía, la rubia de aire ausente, hacia quién tiende el ojo experto de cazador de sensaciones, sediento de turbar la apacibilidad errante de su sonrisa, y para quién discurre los sofismas de su relato.

Así pues, aguarda paciente que la charla de Isabel le abra el camino, y esta charla no se hace esperar:

—¿Cómo puede Ud. asegurar que el amante no es el primero en despreciar a la mujer casada que olvida por él sus primordiales deberes de esposa?

Guido sonríe con su intraducible sonrisa.

—¡Qué poco sabemos lo que es el deber! ¡Qué palabra tan grande, tan recta, tan fría, tan propia a significaciones diferentes!

—Pero...

—¡Oh, si el deber no cambiase de espacio, si no corriese de un extremo a otro como los fuegos fatuos en las reconditeces de las minas, si lo pudiéramos encontrar siempre en el mismo lugar, fijo y resplandeciente mostrándonos un camino indubitable!... ¡No siempre sabemos dónde está el deber!

—¡Pero el deber es claro y preciso! Es un dedo tendido hacia el camino mejor, hacia el camino único. Por lo menos en el caso a que aludo... El deber significa la vida, y por la dignidad somos amadas con la alta forma del amor que toda mujer tiene derecho a esperar. ¡Nada

puede exigir sin embargo una mujer que olvida sus deberes!

La sonrisa de Guido va recogiéndose. Ya no es más que un débil resplandor en el extremo izquierdo de su boca, y con sus ojos pequeños, aptos para esconder la mirada, observa, con escrutadora fijeza, los grandes ademanes de Isabel, que destacan más, desde la sombra, la inmóvil y curiosa atención de Lía.

—El deber—continúa Guido nostálgico—entraña sacrificios, que rara vez somos capaces de sobrellevar. Por lo demás, no vale, generalmente, la pena de sufrirlos. Ud. Isabel, mujer feliz, no conoce sino un deber muelle, delicioso, que es entre sus brazos como una carga de rosas.

Lía no se ha movido, ni ha dicho palabra, pero su expresión es ahora muy diferente. Los extremos de su boca han caído con amargura perceptible. Atiende con los ojos, todos ellos fulgurantes, y aunque nada dice, parece tomar parte en la conversación con la movilidad histérica de su pié, que la falda alta deja al descubierto.

—Bueno—continúa Isabel—una carga de rosas. Exacto. La vida es una carga de rosas para las que no gustamos de ilícitos placeres. Yo, por ejemplo, que amo a mi marido como a un amante...

—¿Y cabe mayor felicidad?—es Guido quien habla. —Para Ud., por dicha, se aunan el deber y el placer. ¡No todos ni todas pueden decir lo mismo!

Lía se deja oír al fin, pero para caer de nuevo en su silencio:

—No todos...

En los ojos de Guido, la esperanza es un puntito rojo.

Busca desde la sombra la mirada que se le niega, pero esta ha caído de nuevo como un chorro de mortecino resplandor, en la agonía del fuego que se extingue. Isabel agrega con exaltación:

—Es que si yo dejara de quererlo, si eso fuera posible,

si algún día, ¡horror! llegara, incluso a odiarlo, otro poderoso sentimiento alcanzaría a contenerme antes de que pensara siquiera en tener un amante: no podría tolerar su desprecio, ¡oh! ni mi desprecio!

Lía, cuya mirada escruta los carbones enblanquecidos de ceniza, mueve los labios como si quisiera decir algo. Para castigarlos, los muerde enseguida, pero vencen ellos, y murmuran con un hilo de voz:

—Todo eso es muy hermoso, pero aunque no tengo ninguna experiencia, me imagino que cuando una mujer casada tiene la desdicha de amar a otro, su honradez, caso de conservarla, debe ser infinitamente meritoria.

Ha hablado como consigo misma, en un especie de rebelión contra las cadenas de su perpetuo silencio, y Guido, escuchándola, se ha sentido palidecer.

La enérgica réplica, que sube ya a los labios de Isabel, enmudece de pronto. La intuición, siempre tarda en ella, acaba de golpear su sensibilidad. Comprende que ellos tienen razón, porque ellos la desean, y toda su pobre lógica, que no puede prevalecer, cae desde lo alto, convertida en un murmullo tímido:

—Creo que la mujer ligera, la susceptible de muchos amores es así siempre, ame o no a su marido, porque, más bién dicho, no puede verdaderamente amar a ninguno. Carece de ese exquisito dón... Es una desdichada. No todos pueden mantener el fuego de un perfecto amor. La fidelidad no existiría en el mundo, creo, si las esposas no fuesen casi siempre madres. Este amor del cual sí que todas son capaces, reduce en la mayor parte de los casos, toda inquietud espiritual a la tremenda inquietud que cada mujer lleva en el corazón con todo hijo: si está sano, que se puede enfermar; si está enfermo que se puede morir. Esto sólo, que los hombres no entienden, llena la vida de toda mujer, haciéndola insensible a cualquier dolor o placer que no se genere en el pequeñito que lleva en los brazos. Los hijos crecen, claro, pero las madres se envejecen

antes, de edad o de angustia. Yo no he sido madre, pero en mi marido se concentran para mí todos los amores. Hasta el amor al hijo... ¡A Dios gracias! ¡Debe ser tan espantoso el caos de un amor adúltero!

Lía sabiéndose indefensa de toda simulación, cierra los ojos para que no le vean la mirada, y dice:

—Serías admirable, si no encontrara todavía una razón que te resta mérito, y es esta: Las mujeres—hablo de la gran mayoría,—nos casamos a los veinte años, y a los veinte años, no se sabe cuando se ama. Es más, a los veinte años no se ama; cuando mucho, nos amamos a nosotros mismos. Tú, como yo, te casaste a los veinte años, y quiso tu buena fortuna que iniciada la edad del amor, amases a tu marido.

—Yo...

—Es verdad, tú nó.

—Por lo menos...

Lía está confusa. Ha caído justamente en lo que quería evitar: la confidencia. Su orgullo que, por no saber mentir, la torna silenciosa, no la ha defendido esta vez, Isabel está arrepentida de haber exhibido así, en presencia de Lía, tanta felicidad, y dice:

—Tienes razón—como podría, decir: «Excúsame.»

El silencio tiene la palabra, esa sorda palabra del silencio.

• Guido lo interrumpe.

—Añoraba en estos momentos una historia, una historia mía, que siempre llena mis recuerdos, cuando un silencio se hace en la conversación. Es una bella historia que voy a contar a Uds., porque, contándola, la recuerdo mejor, y me place tanto traerla a mi memoria... Además, creo probar con ella, que eso del desprecio en el hombre—que dice Isabel—y del temor al desprecio en la mujer, son sentimientos «a priori» que nada tienen que ver con la circunstancia de un amor verdadero, aunque ese amor verdadero sólo dure un momento.

Lía le mira, no a los ojos, sino a los labios, con un imperceptible temblor.

—Vivíamos, mi mujer y yo en una ciudad de provincia ciudad heterogénea, donde el dinero es rey, donde se co-dean el mercader enriquecido con el abogado de talento, y ambos, el abogado y el mercader, consienten en dejar en la sombra, debatiéndose en la angustia del ambiente de plomo, a más de un artista pobre que llega allí con mísero empleo, y a más de un hijo de aristócratas familias, que puede exhibir su nombre con una petulancia que de nada le servirá. Vivíamos allí, y para descubrir, en ese continuo vaivén de emigrantes, un espíritu fino, que aliviara nuestro destierro, debíamos recurrir a una verdadera labor de buzos...

Una noche, invitados a un insípido baile inglés, poblado de todavía más insípidos shimmys, una pareja llamó nuestra atención, mi atención sobre todo, que cayó sobre ella. Era muy hermosa, muy rubia, muy resplandeciente. ¿Cuándo, de dónde había llegado a nuestra ciudad esa extranjera, esa hermosísima inglesa? ¿Qué quería, qué podía estar haciendo allí? Comenzaba a creer en el mito de la inglesa bonita, cuando un amigo me llevó hacia ellos.

—Son chilenos—me dijo antes—chilenos del Sur.

No podía creerle. ¿Chilenos? ¿Ella también? ¡Era encantador! ¡oh! maravilloso! Porque, ¿qué podía haber hecho yo con una inglesa... amante del «sweet home»?

—¡Guido!

—Perdón, Isabel. El cinismo me es desconocido y repugnante. Pero en aquel instante estaba propicio al amor, cosa que, por lo demás, me ocurre cada vez que no estoy enamorado... Sé demasiado bien que mis amores duran muy poco, lo que es hasta cierto punto una fortuna, porque nadie alcanza a aburrirse de mí, pero cada vez que amo, amo sinceramente.

Un centelleo de impaciencia cruza por las pupilas de Lía. Su pié castañetea sin ruido sobre la alfombra.

Guido prosigue:

—Bailé con ella esa noche. Mi mujer bailó con su marido. Cuando la fiesta terminó éramos todos íntimos amigos. Habían llegado hacía tres días, no conocían a nadie. El era un distinguido joven que venía un sí es no es por aventurar en negocios poco seguros. Estaban casados hacía dos años. Ella era nacida en Chile, solamente. Su padre era alemán y su madre francesa. Por eso era tan absolutamente rubia y tan deliciosamente distinguida.

No tenían amigos y nosotros estábamos sedientos de tenerlos. No aguardamos, pues, nada, y al día siguiente les teníamos ya comiendo en nuestra casa. Aquella noche me pareció deslumbrante; pero también sentí que le había parecido encantador. . . ¡No ría Ud., Isabel! Lo digo con sencillez. Es tan sencillo advertir cuando agradamos, cuando caemos bien, cuando conseguimos interesar o atraer. Por su parte, mi mujer quedó enamorada de su nueva amiga. Enamorada de su gentileza, de su dulzura, de su elegancia.

—¡Cómo se vé que es francesa!— me dijo cuando se retiraron.

Yo no pegué los ojos aquella noche, y sin embargo, no estaba precisamente enamorado. Pero estaba contento, ¿comprenden Uds? Contento de la alegría estética que venía hacia mí en la adorable mujer que era ya nuestra amiga. Tenía ese impreciso dón que los artistas llaman «temperamento», y que no es otra cosa que una fina sensibilidad al dolor y al placer, una malla de nervios sutiles que vibran, pudiera decirse musicalmente, al menor roce.

Había observado en ella cierta manera de echar la cabeza atrás, cierta imperceptible convulsión en la risa, cierto ardiente resplandor en la mirada que decían de esa exquisita condición.

Era casta y señoril, llena de inverosímiles delicadezas, pero tenía junto con ello una tímida curiosidad por todos los vicios. La había visto así, como en broma, coger un cigarrillo y aspirarlo luego todo, con fruición, más por el goce estético de la voluta tendida en el aire, que por el denso sabor del tabaco. Solía quejarse de dolor de cabeza, y colocaba entonces en la nuca, su mano fina en actitud de mimo sutilmente sensual, y cuando mi mujer, para calmar su malestar le alargaba el penetrante frío del éter, se quedaba absorta, como sumergida en éxtasis de lejanía. Sus ojos brillaban con todos los grados de la luz, crepusculares, plenos de alborada, sombríos o ardientes de sol. ¡No, no! no estaba enamorado, pero aquella mujer llegó a constituir la única preocupación de mi vida, mi alegría más pura, mi rincón romántico. Mi mujer comenzó a tener celos. Cambió de carácter, y aunque su dulzura jamás le ha permitido la violencia, caía tanto en las más hondas tristezas, como en las más desmedidas manifestaciones de alegría. Pero nada logró descubrir y acabó por habituarse y ceder también al inverosímil encanto de la deliciosa creatura que era Rosemno, de...

Transcurrieron los días, creo que los meses también y Rosemonde llegó casi a vivir en nuestra casa. No tenían hijos, y su hogar inconfortable por escasez de dinero, le era casi indiferente. Por otra parte, ni su marido ni mi mujer veían inconvenientes en esta asiduidad, y yo mismo, que había pensado primero en una deliciosa aventura, abandoné sin pesar mis esperanzas. Rosemonde era tan hermosa como inaccesible a toda seducción. Por lo demás nunca había osado intentarla. *Sentía* que me iba a rechazar, y era demasiado dichoso en lo que me concedía de amistad, para correr el albur de perderla. Un inesperado viaje del marido cuyos negocios iban de mal en peor, la dejó a nuestra merced. Cerró su casa, y ocupó nuestro departamento de alojados. Mi amistad se

volvió entonces más discreta, y vigilé cuidadosamente mis miradas y mis palabras para no inquietar su dignidad exasperada por su difícil situación. Por su parte, mi mujer la colmaba de agasajos y procuraba en todos los momentos defenderla de sus preocupaciones melancólicas. En cuanto al marido, luchando denodadamente por escapar de la miseria, había olvidado hasta escribirla...

En aquella época, sola casi en el mundo, era para nosotros una hermana dilecta. Nunca he amado tanto y con una intensidad más exenta de toda impureza. Si entonces alguien hubiese deslizado delante de mí y respecto de ella la menor palabra equívoca, lo hubiese abofeteado como lo hubiera hecho con el que se hubiera atrevido a insultar a mi madre.

Luego, Isabel, comprenderá Ud. cuanto la respetaba. Más aún, todavía siento por ella, la misma adoración casta y lejana y la misma tierna veneración. Sin embargo...

Los dedos de Lía, crispados unos con otros, simulan una orquídea maravillosa.

—El marido volvió. Sus luchas en el Norte habían resultado infructuosas, y venía en busca de su mujer. Marchaban de nuevo a sus tierras del Sur, cuyos verdes paisajes llenos de plácida serenidad se habían fijado para siempre en las anchas pupilas de Rosemonde. Allí estaba la calma de donde había tomado ella esa juventud impecable, llena de sonrisas, que ahora, con el breve plazo entre nuestras pasiones, se obscurecía con una pátina de anticipada y más fascinadora madurez.

Se iban. El marido le dió de golpe la noticia, y ella palideció. Yo sentí su palidez en mi corazón con un cobarde remordimiento. En cuanto a mi mujer, le preguntó afligidísima si le complacía aquel regreso. Ya más sobre sí, ella respondió que, aparte del placer que le ocasionaba la seguridad de encontrarse de nuevo entre los suyos,

no podía menos de sentir una profunda pena por separarse de amigos tan gentiles.

En cuanto a mí, estaba demasiado confuso, y más que anonadado, me sentía perplejo. Me habría parecido naturalísimo retener a Rosemonde como cosa nuestra, impedir abiertamente su marcha, y haber dicho al marido si quería insistir: «¿Por qué no se marcha Ud. sólo?» Hube de hacer esfuerzos de sentido común, para comprender que todo eso ocurría porque tarde o temprano tenía que ocurrir, y no era lógico ni discreto, que yo demostrase por ello, más de un pesar convencional.

Aquella noche la comida no estuvo alegre. Rosemonde parecía distraída; el marido preocupado por sus futuras combinaciones mercantiles, no disimulaba su total ausencia, y mi mujer que había llegado a adorar a su amiga, hablaba apenas, y no probaba bocado. Por mi parte procuraba, y creo que lo conseguí, mostrarme sereno. Rosemonde, cuyo fino instinto de mujer, no podía engañarse respecto de mis verdaderos sentimientos, me dirigía de cuando en cuando una mirada sorprendida, acaso por la perfecta calma con que yo veía llegar su ausencia inminente.

El clima en aquella provincia es tan cálido, que en verano resulta bochornoso. Por este motivo la gente ha establecido la costumbre de visitarse después de comer. No me pareció, pues, extraordinario que aquella noche, antevispera la marcha de Rosemonde, una gran cantidad de personas irrumpieran en nuestra casa. En una ciudad tan sin intereses, una partida próxima es un admirable pretexto de entretenimiento, y a mí no me quedó otra satisfacción que la de maldecir interiormente a cada nuevo contertulio que me tendía la mano.

¡Oh! Entonces ignoraba, que sin ellos, no podría yo recordar ahora aquel momento...

El baile se organizó en el «hall», y en el salón la imprescindible mesa de juego. Como ganar dinero a las

mujeres o dejarse ganar por ellas estúpidamente, son cosas demasiado faltas de interés, preferí sentarme en un rincón del «hall» con Rosemonde. Iniciábamos una charla sin ningún sentido, cuando uno de los varones presentes, se la llevó consigo tras mi autorización convencional. Una ira ciega que no se fijaba en nada ni en nadie, me atenaceaba los nervios. Rosemonde desató su capa que resbaló sobre su asiento con una fatiga blanda, y la visión de sus hombros semi-desnudos bajo indecisos encajes negros, aplacó en parte mi ansiedad. La miré bailar con su gracia lánguida que era en ella como un sutil deseo de arrullo, y mi imaginación atenta, creyó ver sobre sus labios un breve gesto de aburrimiento.

Una sensación de angustia terrible y oscura, me subió del corazón y trabó mi lengua. En esos momentos hubiera querido ser mujer para creer en el bromuro y beberlo en alta dosis.

Una vieja dama a mi lado, me hablaba de la enfermedad de su hija, y para no perder el tino y la maravillosa calma que en toda circunstancia constituye mi orgullo, huí al salón de juego.

Allí me instalé en la única mesa de pocker ocupada por hombres solos, y jugué un rato con furor, gané en pocos momentos varios cientos de pesos, que por estúpida superstición, procuré perder sin conseguirlo. Enfurecido con mi buena suerte, marché de nuevo al «hall»: y me instalé en cualquier parte.

Rosemonde no estaba. Busqué con los ojos a mi mujer, y luego la ví en un rincón, en charla al parecer amena, con dos caballeros. Un colega se me acercó para hablarme de un juicio, solicitando de mí cierta transacción, pero

Me negué a todo, sin entender lo que oía, y me imaginé que lo dejé estupefacto.

me sorprendí a mi mismo, mudo, torciéndome los dedos como las mujeres nerviosas, y de pronto sentí sobre mis

párpados la mirada de mi mujer que me clavaba ojos escrutadores.

Aturdido, sin dirección, llegué a mi dormitorio. Tomé un libro, me sorprendí de ello, y semisonámbulo siempre, fuí a dar al comedor. Las puertas estaban corridas. Hube pues de abrirlas y cerrarlas de nuevo, todo esto sin que concurriese mi voluntad. Alcé los ojos, y me encontré con los ojos azules de Rosemonde, abiertos y aterrados. No hizo movimiento, ni avanzó ni retrocedió; se quedó allí inmóvil, con las mejillas inundadas de una gran palidez que la luz roja de los candelabros hacía tétrica. El pensamiento, como una mariposa ebria, daba vueltas en mi cerebro. ¿Qué hacía allí? ¿Esperaba?... ¿Pero a quién esperaba? ¿A mí?... ¡No era posible! ¡Sin embargo era a mí a quién parecía esperar!

Perdida la conciencia, fuí recto hacia ella, la cogí en mis brazos, y devoré a besos toda la piel desnuda de su cara, de sus hombros, de su garganta, de su pecho... No se defendió, no movió un sólo dedo, no protestó con palabra alguna, y todavía más, estoy cierto de haber sentido que su boca húmeda, su boca imposible, se entreabría para recibirlos.

Me cubrí los ojos con las manos, porque todo giraba a mi alrededor, y ella aprovechó para huír, ese pequeño instante.

Con el cerebro hecho una brasa y el cuerpo deshecho, sentía llegar hasta mí el ruido de la música acunador y disminuído: de haberme sido posible, habría dormido con sueño profundo, pero me acordé que tenía invitados, y que si también ella faltaba de allí, podíamos dar lugar a comentarios.

Bebí un sorbo de agua, y entré al «hall». Giré la mirada en torno y la ví en el acto. En un ancho diván, con las piernas graciosamente cruzadas y los hombros que acababa de besar, serenos, conversaba con un majadero que seguramente le hacía el amor. Yo podía mirar su

perfil todo oro y sonrisas, y un extremo apenas de la boca cobarde que acababa de martirizar con mis besos.

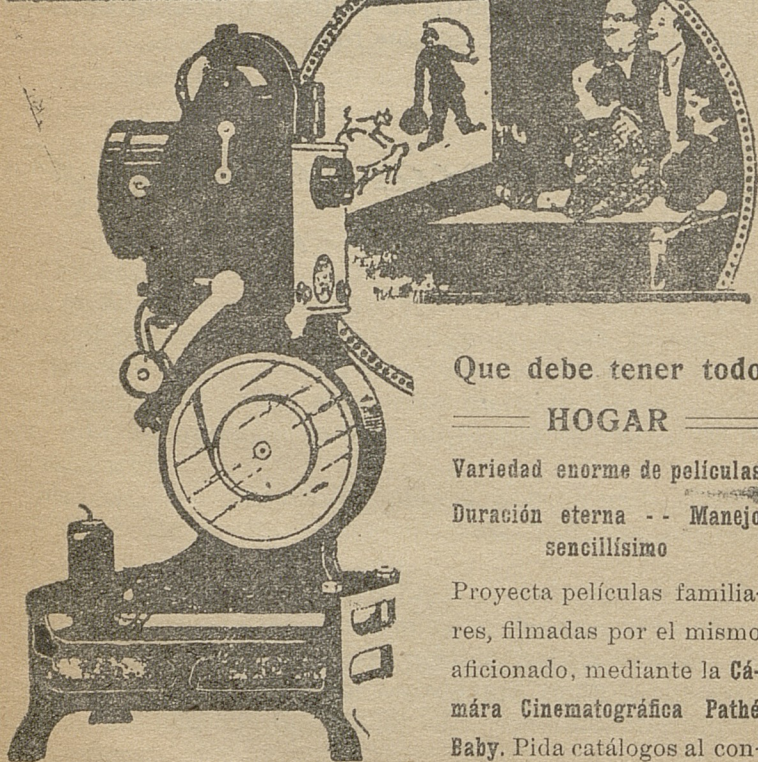
Enfermo de emoción y maravillado de su calma, pensaba en el demonio de la pesadilla o en el horror de una locura repentina, cuando mis miradas cayeron sobre sus manos.

¡Oh! no sabían mentir sus manos, que todavía temblaban con incontenible temblor, apesar de que las había atado y vuelto a atar entre las piedras negras de su largo collar que descendía hasta las rodillas....

Maria Monvel

EL BIÓGRAFO DE FAMILIA

Pathé-Baby



Que debe tener todo

— HOGAR —

Variedad enorme de películas

Duración eterna - - Manejo
sencilísimo

Proyecta películas familia-
res, filmadas por el mismo
aficionado, mediante la Cá-
mara Cinematográfica Pathé
Baby. Pida catálogos al con-
cesionario exclusivo

MAX GLUCKSMANN

| AHUMADA, 91 - - SANTIAGO - - CASILLA 2547